

Seminario Concordia  
C. Correo 5  
1655 J. L. Suárez  
Bs. As.-Arg.

# Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

## CONTENIDO :

	Página
Casos y cuestiones de interpretación bíblica actualmente debatidos en la Iglesia Lute- rana - Sinodo de Misuri .....	1
La teología de Karl Barth.....	12
Bosquejos del Antiguo Testamento.....	22
¿Sabía usted que?.....	31
Bosquejos para Sermones.....	32

Publicado  
por  
La Junta  
Misionera  
de la  
Iglesia  
Evangélica  
Luterana  
Argentina

## BOSQUEJOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

### LA HISTORIA DE ISRAEL

#### Novena Parte

#### El Día de Jehová

**El Mensaje Profético** se cristaliza ahora, coincidente con la aparición de los profetas literarios, en un concepto que de aquí en adelante se sostiene a través de las demás Escrituras. Es un concepto que presenta los dos aspectos del evangelio, como lo hemos notado desde el principio; es decir, los de salvación y de juicio. El juicio, tal cual se define ahora, culmina en el día de Jehová.

La llegada de aquel día está implicada en el protoevangelio de Génesis; en ese pasaje la salvación se basa en el juicio sobre Satanás y su simiente. Ya bien pronto, Enoc expresó en palabras proféticas cómo habría de suceder esto: "Vino el Señor con sus santos, decenas de millares, para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho impiamente" (Judas 14-15). Este primerísimo profeta de que tenemos conocimiento, ve venir el día de Jehová en su fase final, así como se describe en el último libro de la Biblia; es decir, será un día de juicio y perdición para todos los enemigos del Señor. Nosotros, los creyentes del Nuevo Testamento, lo llamamos la segunda venida del Señor, y justamente fijamos el comienzo de su día con su primer advenimiento. Su venida en la carne fue para hacer juicio contra Satanás y contra el pecado por medio de su vida y muerte expiatoria, obrando así la salvación de la humanidad. Y luego, cuando la invitación de su evangelio haya recorrido el mundo entero, acontecerá su regreso para el juicio postrero y la redención final de sus santos.

No cabe aquí entrar en detalles acerca del hecho de que los profetas literarios del Antiguo Testamento abarcaron tanto el primero como el segundo advenimiento de Cristo en su concepto del día de Jehová, que todo lo vieron como un solo cuadro. Lo que es de interés inmediato es que el día de Jehová significó para ellos, ante todo, el juicio que ame-

nazaba a Israel, la destrucción del pueblo de Dios. Otrora Jehová había dirigido su juicio contra un paganismo hostil, el mundo impío, cuando mediante Moisés liberó a Israel por medio de su brazo fuerte, los separó para serle una nación santa, y le dio el evangelio para que lo conservaren. Pero vez tras vez el pueblo escogido se había mostrado infiel referente a este encargo. Y ahora las cuatro generaciones indiferentes que siguieron a la de la apostasia total en el tiempo de Elías, no lograron sino agravar el endurecimiento de los corazones. Había despreciado al Espíritu de gracia, y continuaban escarneciéndolo más y más a despecho del mensaje de los profetas. Ahora ese mismo evangelio que menospreciaron, había de contribuir de un modo decisivo a su ruina mediante un derramamiento tan rico del mismo como nunca se había experimentado anteriormente. Eso es el juicio sobre la masa de la gente en su aspecto más abrumador. Y ahora estaba por amanecer el día del cual el Señor dijo en Sinaí: "En el día del castigo, yo castigaré en ellos su pecado" (Exodo 32:34). Por cierto, las naciones paganas tampoco escaparían de su ira; estaban destinadas a la destrucción. Pero éste sería el día en que su vara castigaría principalmente a su propio pueblo para zarrandearlo. El resultado había de ser la deportación y el exilio de Israel, como Moisés lo había previsto (Deuteronomio 28). De modo que en su aspecto inmediato el día de Jehová de que hablan los profetas es este desastre. (Esa es la palabra propia que concuerda con la profecía de Isaías 7 acerca de una inundación desde el este que barrería al pueblo escogido.)

Israel ha de quedar destruido, pero no el evangelio. Aun por medio de este desastre final, el Señor había de preservar a sus siete mil santos en Israel, a los cuales la literatura profética denomina "el Remanente", que ha de retornar y proseguir en el cumplimiento del más grande destino de Israel.

Capítulo 42

**LOS PROFETAS LITERARIOS**

Abdías; Joel; 2 Reyes 14;  
2 Crónicas 25 a 27; Amós; Jonás

**Mensaje Mayor de los Menores**, Abdías 1-21; Joel 1:1 a 3:21. Estos dos profetas eran los primeros de los así llamados Profetas Menores, que profetizaron en Judá (¿durante los reinados de Joram y Joás?) probablemente contemporáneos con el principio y el fin respectivamente del ministerio de Elíseo). El día de liberación para el pueblo de Dios y de castigo para sus enemigos, que **Abdías** (un capítulo) profetizó referente al regocijo de Edom sobre la angustia de Jacob, su hermano (vv. 15-21), se presenta desde otro punto de vista en la predicación de **Joel** (tres capítulos). Terribles plagas sucesivas de oruga y langosta le simbolizaban este día de Jehová. Jehová había de juzgar a su propio pueblo por medio de horribles ataques de ejércitos hostiles, con el fin de llevarlo al arrepentimiento y entonces restaurarlo. Esto lo haría cuando derramaría su Espíritu sobre toda carne (2:28-32) y juntaría a todas las naciones en el valle de Josafat, el valle de decisión, para juzgar a todas las naciones de alrededor (3:12).

Aparte de su denuncia apasionada de la política de mala fe y de la guerra cruel practicadas por las naciones paganas; y aparte de su descripción vívida de las fuerzas destructivas de la naturaleza desatadas por el Señor, los escritos de estos profetas y de los posteriores nos describen en colores vivos el desmoronamiento religioso y moral de Israel, con los concomitantes males políticos, sociales y económicos.

**Jehová hace prosperar de nuevo a Israel y a Judá**, 2 Crónicas 25:1 a 27:9; 2 Reyes 14:1-29. Habiendo castigado a los asesinos de su padre Joás, **Amasías** (29 años) de Judá alistó de entre sus propios súbditos un ejército de 300.000 hombres de veinte años arriba, escogidos para salir a la guerra. Lo aumentó con 100.000 mercenarios de Israel. Aconsejado por un varón de Dios, dio de baja a los hijos

de Efraín. Estos saquearon las ciudades de Judá, mientras Amasías salió contra los edomitas y los mató en el Valle de la Sal. Amasías trajo consigo los dioses de Seir y los adoró, por lo cual otro profeta le amonestó, pero en vano. Fue castigado cuando desafió a pelear a Joás de Israel, el cual era el señor de los mercenarios. Este contestó mediante la parábola del cardo y del cedro en el Líbano. Pero Amasías persistió, y cuando "se vieron cara a cara" en Bet-semes, cayó Judá, Jerusalén fue capturada, 600 pies de su muro fueron derribados y Joás se llevó muchos tesoros y rehenes. Quince años después de la muerte de su vencedor Joás, a Amasías le dieron muerte mientras huía a Laquis, víctima de una conspiración en Jerusalén. Y el joven Azarías (Uzías) le sucedió en el trono (2 Crónicas 25:1-28; cf. 2 Reyes 14:1-22).

El hijo de Joás, **Jeroboam** (41 años) andaba por la senda del mal. No obstante, Jehová, viendo la muy amarga aflicción de Israel, le dio poder para restaurar el dominio del Reino del Norte desde la entrada de Hamat hasta el mar del Arabá (o sea el Mar Muerto), conforme con la palabra del profeta **Jonás**. Por causa de sus conquistas, a este Jeroboam II la historia le dio el apelativo "el Grande". Durante su reinado también **Amós** y **Oseas** profetizaron. Le sucedió su hijo **Zacarías**, con el cual la dinastía de Jehú se extinguió como se predijo en Oseas 1:4, habiéndose mantenido en el poder hasta la cuarta generación, de acuerdo con la promesa del Señor (2 Reyes 14:23-29).

Buscando a Jehová en los días del vidente **Zacarías**, **Uzías** (52 años) de Judá fue prosperado. Restituyó a Elot, rompió los muros de las ciudades principales de Filistia y estableció guarniciones allí. Los árabes y los amonitas se le sometieron, y se divulgó su fama hasta Egipto. Hizo torres en el desierto para sus cisternas y su ganado, sus agricultores y viñadores; fortificó a Jerusalén, alistó un ejército bien equipado con máquinas de guerra. En el pináculo de su fama, Uzías enaltecó su corazón y se atrevió a quemar incienso en el templo a pesar de las protestas de los sacerdotes. Como castigo, fue atacado de la lepra, y fue leproso hasta el día de su muerte. Su hijo **Jotam** fue su regente durante ese período (2 Crónicas 26:1-23; cf. 2 Reyes 15:1-7).

Muerto Uzías, le sucedió **Jotam** (16 años), quien observó una conducta irreprochable, habiéndose dejado amonestar por la suerte corrida por su padre. Bajo la bendición del Señor recobró poderío. Continuó las actividades constructoras de su padre, edificando la puerta mayor del templo, aumentando el muro de la ciudadela y construyendo fortalezas. También subyugó a los amonitas y les impuso tributo (2 Crónicas 27:1-9; cf. 2 Reyes 15:32-38).

**Pero Jehová rugirá desde Sión**, Amós, 1:1 a 9:15. Durante los reinados de Uzías y Jeroboam, 2 años antes del terremoto, **Amós**, un pastor de Tecoá en Judá, fue enviado al reino del norte. Su corazón sencillo se rebeló al ver la injusticia, el exceso en las comidas, la opresión, la corrupción, la lujuria y la vileza en la vida de la alta sociedad en Samaria, que habitaban en palacios de marfil (2:6 a 3:15). No vaciló en denunciar sin tregua aun a las damas de sociedad de la ciudad real, alocadas por sus placeres, comparándolas a las vacas gordas de Basán (4:1-13). Desde el principio hasta el fin, hizo remontar estas maldades hasta su origen, que era el pecado de Samaria en erigir los altares de Bet-el y Dan (3:14; 8:14). El carácter falso de esta adoración fingida de Jehová y el concepto mezquino de su oficio por parte de un sacerdocio ilegítimo, lo reveló sin querer el mismo sacerdote de Bet-el, que denunció a Amós delante de Jeroboam (7:10-17). Quiso lograr que Amós dejara de predicar cuando le mandó volver a Judá para ganarse la vida allí mediante la profecía, porque Bet-el era el santuario del rey. La religión todavía apoyaba el trono, como había sucedido cuando el primer Jeroboam fundó esa religión. Las naciones paganas no habían de escapar al ajuste de cuentas con el Señor (1:3 a 2:5). Pero ¡ay de aquellos que, deseando el día de Jehová como el día de juicio sobre las naciones paganas, aún estuvieren reposados en Sion y confiados en el monte de Samaria! ¡Ay de los que continuaban en su propio camino malo, y en particular de aquellos de la casa de Israel que no se afligían por el quebrantamiento de José! Jehová había de levantar una nación contra ellos, e irían a la cabeza de los que iban a ir a cautividad más allá de Damasco (5:1 a 6:14). El reino pecador de Israel sería asolado de la faz de la

tierra. Pero Jehová aseguró que el tabernáculo caído de David sería levantado otra vez, y sería edificado como en el tiempo pasado (9:1-15).

**Nínive se levantará en juicio**, Jonás 1:1 a 4:11. Esta generación de Israel era igual a la del Señor Jesucristo (San Mateo 12:39-40), que no aprendió la lección inherente en la misión de Jonás a Nínive; es decir, que por el arrepentimiento podría todavía escapar del juicio, de igual manera que la ciudad pagana escapó. De modo que se hace inevitable que así como los hombres de Nínive testificarán contra el pueblo endurecido de Dios en el juicio postrero, así Nínive ahora había de convertirse en la vara castigadora para Israel, y ejecutar el juicio del Señor. El profeta Jonás, temiendo llevar el llamamiento al arrepentimiento del Señor a la gran Señora del Tigris (¿la que estaba resentida por la expansión de Jeroboam hacia el este, según la profecía de Jonás?), intentó evadir su misión al huir hacia el lejano occidente. Sobrevivió cuando naufragó, cuando intentaron asesinarlo y cuando estuvo en el vientre del gran pez. De ello aprendió que no podía escapar de Jehová, y asimismo que Dios estaba en todas partes ayudándole. De manera que obedeció el segundo llamamiento y con resolución anunció su mensaje a la ciudad pecadora. Y Nínive, el rey, con todo su pueblo, se arrepintió; y el Señor desistió de su propósito de destruir la ciudad dentro de los cuarenta días.

Pero otra lección más tenía que aprender el profeta, y escribirla para los de su día y para los de la posteridad, cuando se amurró a causa de esta demostración de la gracia y la misericordia de Dios; es decir, que todo ser viviente en esa gran ciudad, especialmente los niños chiquitos y los animales, merecían tanta solicitud como la calabacera efímera; o sea, la lección de que el amor y la solicitud de Dios abarcan tanto a los gentiles como a la totalidad de su creación, además que a Israel —lección que este pueblo aún no había aprendido hasta en los días del Señor Jesucristo y sus apóstoles.

Capítulo 43

**EL SANTO DE ISRAEL**

Isaías 1 a 66

**El divino Profeta del endurecimiento**, Isaías 1:1 a 39:8. Judá ha provocado a ira al "Santo de Israel". Aparte del pequeño remanente, ha llegado a ser como Sodoma y Górra. No obstante, el Señor desea tomar sus pecados, aunque sean como la grana, blancos como la nieve. Jerusalén se ha convertido en ramera, pero Sion será rescatada con "juicio", y sus convertidos con "justicia". En verdad, en lo postrero, de los tiempos todas las naciones correrán a Sion y volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; pero el día de Jehová de los Ejércitos será sobre todo soberbio. Quitará al sustentador y al fuerte de Jerusalén y de Judá. Los gobernantes sanguinarios y las mujeres licenciosas han sido la causa de su caída y serán avergonzados. En aquel día, cuando el Señor habrá lavado las inmundicias y limpiado las manchas de sangre de Jerusalén con espíritu de juicio y con espíritu de devastación, el "Renuevo" (cf. **Sugestiones Interpretativas** de la Séptima Parte sobre 2 Samuel 23:1-7) será para hermosura y gloria a los "sobrevivientes", y la gloria del Señor será como dospel sobre los que habitan en Sion. Pero Judá y Jerusalén mismos han de juzgar si no es justa la destrucción de la viña que ha sido cuidada con tanto esmero sólo para producir uvas silvestres —y ellos son esa viña. ¡Ay, seis veces ay, de aquellos que en su múltiple injusticia aún se burlan del advenimiento del día de Jehová, y desean ver el llamado Santo de Israel apresurar su venida y cumplir con su consejo! Por lo tanto alzará pendón a naciones lejanas, y he aquí que vendrán pronto y velozmente (1:1 a 5:30).

El párrafo anterior es un resumen del mensaje en general de Isaías, tal como lo conceptuó en los días de Uzías, Acáz y Ezequías, y de la introducción de su libro. En el año en que murió el rey Uzías, cuya biografía y cuyos hechos también escribió Isaías (2 Crónicas 26:22), Isaías recibió el llamamiento a su misión peculiar. Vio a Jehová sen-



tado sobre un trono rodeado por los serafines que tenían seis alas. Con su clamor: "Santo, Santo, Santo Jehová de los Ejércitos" hicieron estremecer los umbrales del templo. Isafas dio un grito de espanto por cuanto él, siendo inmundo, presenciaba tal visión. Pero después de que un ángel hubo purificado sus labios con un carbón encendido, oyó al Señor preguntar: "¿A quién enviaré?"; y el profeta, al ofrecerse para este servicio, recibió la terrorífica comisión: "Anda... engruesa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y ciega sus ojos, para que no vea, ni oiga, ni entienda, ni se convierta y haya para él sanidad". Este juicio de endurecimiento había de durar hasta que la tierra fuera desolada y el pueblo exilado. Sólo un tronco había de permanecer, que era la simiente santa (6:1-13).

Este endurecimiento de los corazones que proviene de Dios se manifestó por la alianza con Siria, una nación pagana; por los atentados divinamente inspirados de Peka contra la casa de David (2 Reyes 15:37), todo lo cual constituyó la ruptura total con la Promesa; y por el hecho de que el rey Acaz, cuando amenazaba el peligro (ver la lección anterior) rechazó la ayuda que Dios le ofreció, mientras estaba parado en ese lugar siniestro al extremo del acueducto del estanque de arriba, en el camino de la heredad del Lavador (36:2). **El Evangelio de Emanuel**, desde ahora, llegó a ser la señal del juicio sobre el rey endurecido (7:1 a 12:6).

De igual manera que el **Ciclo Profético del Emanuel**, tuvo su ocasión por el embrollo de Acaz con Asiria, el siguiente **Ciclo Profético de Sion**, empezando con la profecía de la Piedra angular, preciosa, se dirige contra el coqueteo de Judá con Egipto durante el reinado de Ezequías (ver abajo). Y otra vez la visión se diluye en el anuncio del juicio universal y la liberación de su cautividad del pueblo santificado del Señor (28:1 a 35:10). Los capítulos 36 a 39 son prácticamente idénticos con 2 Reyes 18:13 a 20:19, y cuentan, sobre todo, el cumplimiento, durante el reinado de Ezequías, de las predicaciones isaianas pronunciadas durante el reinado de Acaz (ver abajo). También tratan de la próxima cautividad de Judá en Babilonia.

**Y el custodio de su Evangelio,** Isaías 40:1 a 66:24. Deutero-Isaías, como estos capítulos se llaman comúnmente, no es un ciclo de predicaciones individuales, sino una composición literaria íntimamente ligada, poéticamente concebida y dramáticamente construida, la cual se podría denominar con toda propiedad: **El Gran Oratorio de la Salvación, o El Gran Sanctus,** ya que el mensaje de este libro es dominado no menos que los capítulos anteriores por el Santo, Santo, Santo de la tremebunda visión de Isaías relatada en el capítulo seis. En verdad, el "Santo de Israel" (frase que ocurre 17 veces en Deutero-Isaías en comparación con 12 ocurrencias en los capítulos 1 a 39) se conduce como tal en el sentido más elevado y esencial. Lo hace mediante aquel "juicio" divino singular, la "justicia" que efectúa mediante el castigo de su Siervo, el Justo, y la santificación de su pueblo que resulta de este castigo. "Consolaos, consolaos, pueblo mío", reza su frase inicial, y ésta es también la nota dominante de todo este libro. De esta manera Isaías, el promulgador del endurecimiento, se convierte en el paracleto. En tres partes de prácticamente igual longitud, de las cuales cada una consiste de tres veces tres discursos, el profeta describe: I. La restauración política de los deportados a Babilonia mediante Ciro, el prototipo del Siervo del Señor (40:1 a 48:22); II. La redención espiritual de Sion mediante el sufrimiento vicario del Siervo ideal del Señor (49:1 a 57:21); y III. La gloria final del Sion del Santo de Israel (58:1 a 66:24). De igual manera como Isaías había pronosticado la cautividad asiria de las tribus del norte dentro de un tiempo especificado, como había visto su cumplimiento y había anunciado la deportación de Judá a Babilonia (suceso que todavía estaba a dos siglos de distancia); así también en este libro notable prevé el retorno del pueblo de Dios de ese exilio; ¡y aun prevé la mismísima persona por la cual fue históricamente efectuado! Entonces percibe lo de más allá; es decir, el día de Cristo, la Iglesia compuesta de judíos y gentiles. Y percibe lo de aún más allá; es decir, la gloriosa consumación final de todas las cosas al venir Cristo por segunda vez. Este libro de Isaías abarca la gama de todas las Sagradas Escrituras, no solamente las del Antiguo

Testamento, sino también la del Nuevo. Se le ha llamado a Isaías el "Evangelista del Antiguo Testamento" por causa de la riqueza de su evangelio. Puede llamárselo así con aún más derecho porque describe como testigo ocular, por decirlo así, la Pasión del Salvador. El capítulo 53 de su profecía se podría tomar por un comentario de la historia del Calvario como la hallamos narrada en San Mateo, o San Juan, o en los otros dos Evangelios. Y sea dicho de nuevo, Deutero-Isaías es como el Apocalipsis de San Juan el Teólogo en la perspectiva que presenta de los últimos días.

La mención del último libro de la Biblia nos induce a una observación final. De igual modo que el Apocalipsis, Deutero-Isaías termina cada una de sus tres partes principales con el refrán: "No hay paz para los malos, dijo Jehová". "Su gusano nunca morirá, ni se apagará su fuego." De igual manera como hemos notado que el Libro del Juicio (Capítulos 1 a 39) repetidas veces termina en una visión de la salvación, así no podemos pasar por alto en este Libro de Salvación (Capítulos 40 a 66) aquel refrán que denota lo inevitable del juicio. Porque tanto Juicio como Salvación son siempre la manifestación y el mensaje completos del Santo de Israel.

(continuará)

## ¿SABIA USTED QUE?

**¿Sabía Ud. que solamente en la mitad de las lenguas del mundo existen traducciones de la Biblia entera?** Se afirma que cada segunda semana se publica una porción o un libro de la Biblia traducido a una nueva lengua. Actualmente están revisando 100 traducciones de la Biblia entera y en otras 100 lenguas se prepara la publicación de Biblias o la revisión de ediciones parciales. Aunque resulte que la Biblia puede ser entregada ya a 80 % de la población del mundo, es un hecho, sin embargo, que para 300 lenguas humanas no hay Biblias disponibles porque no existen versiones en estas lenguas. Partes de la Biblia ya fueron traducidas a 1.280 lenguas o dialectos, pero la Biblia entera está disponible solamente en 240 lenguas, y todo el Nuevo Testamento solamente en 300 lenguas.

F. L.